

limitana es como decirle jerosolimitana ó mujer de Jerusalem, como llamamos romana á la mujer de Roma, y esto porque Jerusalem antiguamente se llamó *Salen*, como la Escritura la llama donde dice: *Melchisedech rex Salem*; y David la llama tambien así en el salmo 76. Pues á este ruego de las demás responde la esposa, y dice:

«¿Qué mirais en la solimitana en coros de escuadrones?» Lo cual se declara diferentemente. Algunos ponen demanda y respuesta, de manera que volviéndose hacia las dueñas que llaman con tanta instancia les diga: ¿Qué es lo que quereis en mí? Responden ellas: Miramos en tí un coro de escuadrones, esto es, una cosa de tan buen parecer y tan poderosa para vencer á los que te miran y sujetarlos á tu mandado, como lo es un escuadron puesto en concierto y ordenanza. Lo que tengo por mas acertado, es hacer todo una cláusula y una sentencia, en que diga á la esposa de esta manera: Como me llamaron, volvíme hacia ellas, las cuales, por mirarme mejor, divididas de la una parte y la otra, se pusieron en dos hileras como en coros; yo entonces díjeles: ¿A qué me mirais así, puestas unas de una banda y otras de otra, como escuadron que está puesto por sus hileras? De arte que se presupone que se volvió á ellas, y que se dividieron en dos partes para vella mejor. Y llámalas escuadron porque eran muchas, y coro por estar así divididas. Lo que cuenta habelles respondido, se cuenta en el capítulo que se sigue, que es la mayor parte de él.

CAPÍTULO VII.

ESPOSA.

1 ¿Qué mirais en la Solimitana, sino coros de escuadrones? ¿Cuán lindos son tus pasos con el calzado, hija del Príncipe! los cercos de tus muslos como ajorcas labradas de mano de maestro.

2 Tu ombligo como taza de luna que está vacía. Tu vientre como monton de trigo cercado de violetas.

3 Los dos pechos tuyos como dos cabritos mellizos de una cabra.

4 El tu cuello como torre de marfil. Tus ojos como estanques de Esebon, junto á la puerta de Barrabin. Tu nariz como la torre del Libano, que mira frontera de Damasco.

5 La cabeza tuya sobre tí como el Carmelo; la madeja de tu cabeza como la púrpura, el rey atado en las canales.

6 ¡Cuánto te alindaste! cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!

7 Esta tu disposicion semejante es á la palma, y tus pechos á los racimos.

8 Dije: Yo subiré á la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, y el aliento de tu boca como el olor de los manzanos.

9 El tu paladar, como vino bueno que va á mi amado á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.

10 Yo soy de mi amado, y su deseo á mí.

11 Ven, amado mio, salgamos al campo, moremos en las granjas.

12 Levantémonos de mañana á las viñas, veamos si florece la vid, si se descubre la menuda uva, si brotan los granados; allí te daré mis amores.

13 Las mandrágoras si dan olor; que todos los dulces frutos, así los nuevos como los viejos, amado mio, los guarde para tí.

COMENTO.

«¿Qué mirais en la solimitana, etc.?» Véase su explicacion á fines del capítulo antecedente.

«Cuán lindos son tus pasos.» Prosigue en su cuento la esposa, y dice á su esposo que, como las dueñas se llegaron á que se detuviese un poco, que volvió á ellas; y ella por su ruego les volvió la cara, preguntándoles qué era lo que de ella querian, y la causa por qué la miraban así. Ellas, como dando razon de la justa demanda y de su ardiente deseo, que respondiendo, comenzaron á loar con gran particularidad y encañamiento su gracia y gentileza, refiriendo todas sus perfecciones por menudo, desde la mayor hasta la menor. Lo cual debe responder á la admiracion de la hermosura que pusieron, y los loores que la gente del pueblo le dió cuando, viniendo de Egipto, entró en Jerusalem la primera vez. Pues comienza de los piés, cuya ligereza y presteza acaba de ver entonces, y va hasta la cabeza, por ir á lo mayor de lo menor, que es galana manera de loar; y así dice:

«¿Cuán lindos son tus piés en tu calzado, hija de príncipe!» Loan el buen aire y movimiento del pié bien hecho y calzado justo, y que venia como nacido á la esposa. Y dicho en forma de admiracion, quiere decir que eran extremadamente bellos, y no así como quiera, «hija del Príncipe,» es decir, princesa; que, demás de convenirle por su linaje y estado, es nombre que en comun uso se da á todos los que loamos de alguna excelencia. Demás de esto, se ha de advertir que en este lugar la palabra hebrea no es *Melech*, con la cual se suelen nombrar los reyes comunmente, sino es *Nadib*; lo cual los setenta intérpretes, no sin misterio, en su traduccion la dejaron así sin trasladalla. *Nadib* propiamente quiere decir generoso de corazon y liberal; y como nosotros en la lengua española al príncipe llamamos príncipe, porque de hecho es principal entre los demás, como lo suena la voz; entre los hebreos se llama *Nadib*, que es decir, el noble, el liberal, el de corazon generoso, porque estas son propias virtudes del príncipe, en que se ha de señalar entre todos; pues segun el origen de la palabra hebrea y segun su sonido, es aquí la esposa hija del noble, del generoso. Y juntado á esto ser uso muy recibido en aquella lengua que cuando quiere dar alguna virtud ó vicio, lo llama hijo de ella, como es por pacífico hijo de paz, é hijo de guerra por lo belicoso; así, segun esto, ser la esposa hija de franco y generoso, es decir que lo es ella; y llámanla noble y gallarda de corazon, y así, dirá la letra: «¿Cuán lindos son tus pasos! Cuán gentiles tus piés!» ¡Con qué gracia los meneas, la del corazon gallardo y generoso! Como si dijese que en el gentil meneo de su cuerpo mostraba bien la generosidad y gallardía de su corazon, porque esta virtud mas que ninguna otra se descubre en el movimiento y aire de todo el cuerpo. En la verdad del espíritu tiene gran misterio y gran verdad en llamar á todos los justos y á la Iglesia hija del noble y del franco, porque son hijos de Dios, no por haber nacido así ni por merecello por sus obras, sino por sola la franqueza y liberalidad de Dios; que puesto caso que el

justo que es ya justo y hijo merece mucho mas con Dios, mas esto, que es ser hijo, ninguno lo mereció por sí, y Cristo, derramando su sangre liberalmente por nosotros y haciéndonos gracia de ella, lo alcanzó para todos.

«Síguese: El cerco de tus muslos como ajorcas muy bien labradas de mano de maestro.» Y esto dice por la espesura y maciez de las piernas, que no son flojas, sino rollizas y bien hechas y redondas, en tal manera, que si hiciese un artífice una ajorca ó collar de muy perfecta redondez y se lo ciñese á las piernas, vendria muy justo y se hincharia toda la carne de ellas. Donde decimos cerco ó redondez algunos entienden conjunturas y artejos ó goznes de las rodillas donde juega el muslo; y así, trasladan: «El juego de tu muslo, etc.» No quiere decir mas que lo que suena, que es la redondez de los muslos y el cuerpo de ellos, que es una maciza y rolliza hermosura y de muy gentil proporcion; lo cual pusieron los setenta intérpretes con mucha propiedad y significacion, diciendo en griego: *Rytmoi top morion*; porque *rytmos* es toda buena proporcion y compostura de partes entre sí. Bien se descubre sobre los vestidos el grueso y buen talle de los muslos, mayormente cuando se va de prisa y contra el aire. Mas lo que se sigue, no sé cómo las compañeras de la esposa ni de dónde lo pudieron adivinar. Dicen:

«El tu ombligo como taza de luna que no está vacía.» Vaso de luna, es decir, hechura de luna, esto es, perfectamente redondo. *Mixtura* entiéndese de vino mezclado con agua y templado; quiere decir: Sobre estas dos hermosas columnas de tus piernas se asienta el edificio de tu persona. La primera parte de él es el ombligo y vientre tuyo, el cual está muy hermosamente proporcionado, porque no parece sino una taza tan redonda como la luna, y que esta taza está siempre llena de mixtura, que es vino aguado para beber; así, ni mas ni menos, es el tu vientre redondo y bien hecho, ni flojo ni flaco, sino lleno de virtud, que nunca le falta, y para mas declarar esta loa del vientre torna á decir:

«Tu vientre como monton de trigo rodeado de violetas;» y es muy gentil apodo este, porque el monton de trigo está por todas partes redondo y igual en redondez, que en ninguna parte de él hay hoyo ni seno alguno, porque luego los granos lo hinchen; y así, dice ser de todas partes lleno y levantado el vientre de la esposa. Por el ombligo, como por parte, entienden el vientre que Aristóteles y Galeno llaman inferior, que es así redondo; la parte mas alta, que toca en el estómago y se avecina del pecho, es de quien dice: Tu vientre como monton de trigo cercado de violetas; que es añadir hermosura á hermosura. Suben del vientre á los pechos, viniendo por su orden en la fábrica del cuerpo, y dicen:

«Tus dos tetas como dos cabritos mellizos de una cabra.» Ya dijimos arriba sobre esta comparacion. Sobre los pechos se levanta el cuello; y así añaden:

«El tu cuello como torre de marfil,» que es llamarle alto, blanco, liso y bien sacado, que es todo lo bueno que ha de tener el cuello para ser hermoso. La Igle-

sia, como lo enseña el Apóstol, es como un cuerpo, cuya cabeza es Cristo, en la cual la diferencia de los estados y vidas hacen lo mismo que los diferentes miembros en el verdadero cuerpo. El cuello por donde se recibe el aliento y se despide la palabra, son en la Iglesia los predicadores, que reciben el aliento del Espíritu Santo, y lo comunican por palabras á los demás; pues los tales han de ser como torre de marfil, esto es, firmes, blancos y sin mancha ni engaño en su doctrina; que ni dejen por temor decir rasamente lo que deben, ni escurezcan con afectados colores, con palabras enderezadas á solo el gusto de los oyentes la sencillez y pureza de la santa doctrina y verdad no artificiosa del Evangelio. Dicen mas:

«Los tus ojos estanques de Esebon junto á la puerta de Barrabin.» Vese en esto que los ojos de la esposa eran grandes, redondos y bien rasgados, llenos de sosiego y resplandor; que todas estas propiedades se muestran en un estanque lleno de agua clara y sosegada. Esebon es una ciudad fresca de Israel, la cual ganaron los hebreos á Seon, rey de los amorreos (números 21); y estos estanques que aquí dice la letra están junto á una puerta de la dicha ciudad que se llama Barrabin, que quiere decir hija de muchedumbre; y llamábase así porque en entrando por ella estaba luego una plaza grande y capaz de mucha gente, que, segun parece de muchos lugares de la Escritura, antiguamente las plazas y las casas de consistorio, agora están en medio de la ciudad, y entonces junto á las puertas de ella; y como era grande y capaz, su nombre de la plaza era Barrabin, que es hija de muchedumbre, porque los hebreos en su uso y manera de hablar se sirven del nombre de hijo para diversas cosas, como para decir muy sabio, dicen hijo de sabiduría, y por muy malo, hijo de maldad. Dicen luego, loan-do lo demás:

«El bulto de la nariz como la torre del Libano.» San Jerónimo y todos los demás declaran ó trasladan aquí tu nariz, y la palabra hebrea, que es *aph*, recibe el uno y el otro sentido, y quiere decir nariz, y tambien toda la cara y vulto, y lo que en español llamamos *faces*; y de estas dos cosas parece mejor entendamos en este lugar la postrera de ellas; porque comparar la nariz á la torre, no sé si es cosa muy conveniente; y es lo mucho si la comparacion se hace al semblante de la esposa, levantado y hermoso y lleno de majestad y gallardía. Si entendemos la nariz, dirémos así: La tu nariz es semejante á la torre de Libano, que mira hácia Damasco, la cual torre estaba puesta en aquel monte tan nombrado y celebrado (*Isaias*, cap. 7) por sus frescuras, y era muy fuerte, porque servia de atalaya en las fronteras de Damasco, que era cabeza de Siria. Así dice: Está tu nariz hermosa y bien hecha, que se levanta fuera del graciosísimo rostro como aquella hermosa y fuerte torre que está asentada sobre el fresco monte del Libano y se levanta sobre él.

«Tu cabeza sobre tí como el Carmelo.» La última parte de la persona es la cabeza, considerando desde los piés; y llamamos en este lugar cabeza al casco de ella, donde nacen los cabellos, y por esto la letra dice: La tu cabeza, que está sobre tí; que es decir: Lo último de

tu cabeza es tan hermoso y tan gentil como el monte Carmelo, que es un monte muy alto en la tierra de Israel, bien celebrado en la Escritura por haber estado en él muchas veces Elías y Eliseo, profetas. Y para denotar cuán gentil y cuán dispuesta es esta esposa, le dice que su cabeza sobrepuja á las otras, como la cambre del monte Carmelo á los otros montes. La palabra hebrea, segun aparece en su original, significa tres cosas diferentes: espiga llena, grano, y el monte sobredicho; y así, los doctores trasladan diferentemente este lugar. Y aunque en cualquiera sentido tiene propiedad la comparacion, pero el que habemos dicho es el mejor y el mas recibido. Añade luego:

«La madeja de tu cabeza como púrpura, el rey atado en las regueras.» Este es lugar obscuro y dificultoso en sí, y por la variedad de los que lo trasladan y declaran. En el hebreo quiere decir maderas ó tablas delgadas y pequeñas; y de aquí significa la techumbre de algun edificio hecho de artesones, obra morisca, compuesta de muchas piezas pequeñas. Tambien quiere decir canales de madera largas y estrechas por donde suelen guiar el agua, y segun esta diferencia, trasladan los unos y los otros muy diferentemente; los primeros leen de esta manera: Tus cabellos como la púrpura ó carmesí del Rey, asida de los maderos ó artesones; que es decir que sus cabellos de la esposa en su lindeza y hermosura son semejantes á las flocaduras de seda y de carmesí de los doseles y de la tapicería real, que está colgada del techo y artesones de la casa; otros leen de esta manera: Son como la púrpura real puesta en los canales; y entienden por esto los vasos donde meten los tintoreros la seda ó grana cuando la tiñen; y porque entonces, como mas nueva, así estará mas lucida y de mejor lustre.

Si se mira y guarda la propiedad de la letra hebrea, ni los unos ni los otros dicen bien; porque se ha de leer así: «Los cabellos de sobre tu cabeza como púrpura;» y aquí se ha de hacer punto. Y añade luego: «El Rey asido y preso á las canales;» que es decir, colgado de los mismos cabellos por amor y aficion; los cuales se significan aquí debajo de este nombre de canales, porque en ellas el agua cuando corre se va encrespando y haciendo unos altos y bajos muy semejantes á los largos y hermosos cabellos, que sueltos sobre los ojos, con el movimiento de la persona se hondean y toman nuevos y diferentes lustres, y hacen unas como aguas muy graciosas. Y esta letra, á mas de ser la mas propia, encarece mejor que otra ninguna la hermosura de los cabellos, que aquí se pretende loar; porque, demás de decir que son lindos y vistosos como púrpura, que es decir mucho, como luego declararemos, dice que son un lazo y como una cadena en que por su inestimable belleza está preso el Rey, esto es, Salomon, su esposo. Pues siguiendo esta letra, para mejor entendimiento de la comparacion, es de advertir que la púrpura antigua, de la cual agora no tenemos uso, tenia dos cosas: que era finalmente bermeja, y relucia desde lejos como el carmesí que los plateros dan sobre oro y plata. Conforme á esto, asemejan aquellas dueñas el cabello de la esposa á la púrpura, porque debian ser castaños; que aunque no sea perfecto rojo, tira mas á ello que á otro color; y porque

en las tierras calientes, como son las de Asia, no se estima el cabello rubio, antes á los hombres está muy bien el negro, y á las mujeres negro ó alheñado, como ellas lo suelen criar, y hoy en dia lo usan las moriscas. Por eso las alaba aquí de aquel color, y mas por el resplandor que daban de sí, y en esto eran muy semejantes á la púrpura; porque vemos en el color castaño y otros que se le parecen, cuando relucen son sus luces rojas; así como las luces del amarillo tiran á blanco y las del verde á negro. Pues dícnle aquí á la esposa que sus cabellos son rojos un poco y relucientes como la púrpura, y que son crespos y hondeados como canales ó regueras adonde el agua va dando vueltas. Y usan luego de un hablar comun á los enamorados diciéndole: «Y en estas vueltas de tus cabellos tienes tú atado y preso al Rey, esposo y enamorado tuyo. De los cabellos hace amor la cuerda con que los liga, que es una muy regalada y muy graciosa y amorosa loa; y concluye diciendo:

«¡Cuánto te alindaste, cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!» Esta es una cláusula sentenciosa, que remata todo lo sobredicho, que los retóricos llaman epifonema, y va mezclada con una grande admiracion, como es natural, despues de haber visto y desmenuzado por palabras alguna muy buena cosa, romper el ánimo del que lo ve y trata en otro tanto espanto y admiracion; pues dicen aquellas dueñas: «¿Para qué es ir particularizando tus gracias, pues es cosa que saca de juicio ver cuánto seas graciosa en todas tus cosas, tus dichos, tus obras, dulce, alindada y deleitosa, pues eres el extremo de la dulzura y lindeza? Y así fué remate de lo pasado el decir esto, que dió nuevo principio á lo poco que ya restaba de decir; y así añaden: «Es tu disposicion,» esto es, tu gallardía y bien sacada estatura, «semejante á la palma;» que es árbol alto, derecho y hermoso: «Y tus pechos á los racimos.» Hase de entender de alguna vid ó parra cercada á la palma y abrazada con ella, ó que trepa por el tronco arriba, dando vueltas y encaramándose con sus sarmientos; que así como los tales racimos cuelgan y están asidos á la palma, así los dos pechos tuyos se hacen afuera, y muestran estar colgados de tu gentil estatura. Porque es natural de la belleza acodiciar así cualquiera que la conoce; y porque es comun uso de las mujeres, cuando cuentan de alguna otra hermosa ó graciosa que les agrada mucho, decir: Va tal y tan linda, que quisiera llegarme á ella y dalla mil abrazos y mil besos. Siguiendo y imitando Salomon á este afecto, añade con singular gracia y propiedad las palabras que se siguen:

«Dije: Yo subiré á la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, el aliento de tu boca como el olor de las manzanas, y el tu paladar como el vino bueno, que va á mi amor á las derechas, que hace hablar los labios de dormientes.» Son palabras que cada una de las dueñas dice por sí, en que muestran por galana manera la codicia y aficion de gozalla que ponía la esposa con su hermosura en ellas, y en todas las que la veian; que es decir: «Tan dispuesta y linda eres como una palma; ¡ay quién subiese á ella hasta asirse de los sus racimos altos!» Dije; esto es, á mí y á cuantos te ven encendidos en tu belleza nos dice el deseo y el corazon: «¡Quién te alcan-

zase y gozase así, que pueda llegarse á tí, y recreándose en tus brazos y dándote mil besos, coger el fruto de tu boca y pechos!» Y así dice: «Y serian;» esto es, y son; pone el tiempo pasado por el presente; pues «y son tus pechos como racimos de vid», que es fresco, oloroso y apiñado, de gracioso y mediano bulto; «y el olor de tu boca como olor de manzanas,» que es olor por extremo suave y apacible. O hagamos de todo esto una razon trabada y continuada que diga de esta manera: «Linda eres como una palma, ¡ay! quiero llegarme á ella, asiréme de los sus ramos altos, y subiréme hasta la cumbre, y seránme los tus pechos como racimos de vid; alegrarme he y deleitarme he con ellos, tratándolos como unos frescos y apiñados racimos de uvas; cogeré el aliento de tu boca, mas olorosa que manzanas; gustaré del gusto de tu lengua y paladar, que en el deleitar, alegrar, embriagar con dulzura y aficion, vence al que el vino mejor y mas gustoso da á tu amado cuando mas sabor halla en él y mas dulce lo siente; que bebe tanto dél, que despues parla temblando los labios y desconcertadamente, como si estuviere durmiendo;» que decir esto así es llegar hasta el cabo de todo lo que puede y suele decir un deseo semejante; y esta es la sentencia. En las palabras donde se compara el paladar al vino hay alguna escuridad, porque dice así:

«El tu paladar, como vino bueno que va á mi amigo á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.» «Que va;» es decir, cual es el que escoge ó bebe el mi amigo; que es como decir en español mi vecino ó *Hulano* (a), palabra que no determina alguna cosa ó persona cierta, y confusamente las significa todas. Dice: «Que va á las derechas,» y la palabra hebrea, que es *lemesarim*, que quiere decir derechas, se puede entender de dos maneras: la una es decir que se bebe á las derechas ó derechamente; esto es, que contenta y da gusto, y debidamente y con razon, por su bondad y excelencia; la otra es, que ir el vino á las derechas sea irse y entrarse, como decimos, de rondón, dulce y suavemente por la garganta, y de allí al cuerpo. Esta es forma de hablar usada en aquella tierra, que responde y significa lo que podemos y solemos entender en la nuestra cuando, hablando del vino, que es bueno en el gusto, y hace despues de bebido sus obras, decimos que se cuela sin sentir. De esta manera de decir en el mismo propósito usa Salomon en el capítulo 23 de los *Proverbios*, diciendo: «No mireis el vino cuando se torna rojo y toma su color y va á las derechas;» como si dijese: Y se cuela sin sentir dulcemente; y con esto concierta bien lo que se sigue: «Y hace hablar los labios de los dormientes;» esto es como si dijese que, como se cuela dulcemente y hace hablar despues desconcertadamente, como suelen hablar los que están vencidos del sueño, que es propiedad del bueno y suave, que se bebe como si fuese agua, y puesto despues en la cabeza y hecho señor de ella y del corazon, traba la lengua y media las palabras y muda las letras, y muda todo el orden de buena pronunciacion.

«Yo soy á mi amado, y su deseo á mí.» Estas palabras dice de sí la esposa propiamente; de arte que habiendo relatado al esposo las cosas que en su loor las compa-

(a) *Fulano*.

ñeras le dijeron, vuélvese á él agora y dícele lo que entonces le respondió, lo que agora está bien decirle; que es como si dijera: Sea hermosa ó linda cual os parezco, no me entrometo en eso; esto sé: que tal cual soy, soy toda de mi amado, y él no desea ni ama otra cosa mas que á mí; que son palabras que por la coyuntura en que se dicen, esto es, cuando parece que por ser tan soberanamente loada se pudiera desvanecer algun tanto, y volviendo sobre sí, amarse demasiadamente, y juzgar que si su esposo le amaba, era cosa que se le debía; así que, por decirse en esta coyuntura, muestran y encarecen el excesivo amor que tenía á su esposo, por el cual siendo así loada, de ninguna cosa se acordó primero que de su esposo; como diciendo: Eso, y mas bien que hubiera en mí, todo es de mi amado, todo se le debe, y todo lo quiero yo para él y lo tengo de él, y no hay que tratar de que yo quiera á otro, ni que piense nadie de gozar de mí, ni lo diga; que yo toda soy y seré de mi amado, y él es mio, y el que bien me quisiere, quiere á él bien, que yo no soy mas de lo que él quiere que sea. Esto es segun la letra; que segun el entendimiento cubierto del espíritu, es el humilde reconocimiento que el alma santa tiene de que cuanto bien y cuanta riqueza posee es por Dios y para Dios; y así dice: Yo, si soy algo, por beneficio de mi amado lo soy, y el su deseo y amor que me tiene es lo que me hermosea y enriquece.

«Yo soy á mi amado, y su deseo á mí.» Tres condiciones y diferencias entendemos en el amor de dos personas: una, cuando fingen quererse bien, y no se quieren, y viven engañándose el uno al otro con palabras y demostraciones amorosas; otra, cuando una de las partes ama con verdad, y la parte amada muestra quererle responder, mas de hecho no le responde; la otra, cuando quieren y son queridos por igual grado y medida. De los primeros no hay que tratar, porque no es amor el suyo, sino fingimiento y embuste, y cual hacen, así lo pagan; y aunque entrambos hagan mal y profanen la virtud, verdad y santidad del amor, cuyo nombre usurpan y cuyas propiedades remedan estando tan lejos de sus obras, pero ninguno agravia al otro, ni tiene de qué quejarse de su compañero, porque en fingir entre sí y mentirse, ambos corren parejas.

El segundo estado, donde el que ama no es amado, es estado de amor; pero es estado infeliz y trabajoso mas que ningun otro de cuantos hay bajo del cielo, porque se juntan en él culpa y pena, y son todos sus males en su mas subido grado; la pena padece el que ama, y la culpa se comete de parte del que no responde á su amado. Y entenderse ha cuán grave sea cada uno de estos males en su razon, si se advierte, primero, que el amar una persona á otra no es otra cosa sino hacer el que ama un entregamiento y una cesion de sí y de todos sus bienes en el que es amado, desposeyéndose de sí mismo, y poniendo en la posesion de esto y de toda su alma á la otra parte. Y que esto sea así está claro; porque el amor es un aplicarse y entregarse la voluntad á lo que ama; y la voluntad es la señora que manda y rige, y sola ella mueve y menea todo lo que hay en la casa del hombre. De do se sigue que amar es darse todo, porque es dar la voluntad, que es señora de todo. Tócase esta verdad con las manos

y con la experiencia, porque vemos que el que ama de veras no vive en sí, sino en lo que ama; siempre piensa en ello y habla de ello, su voluntad es la de su amado, sin saber querer otra cosa ni poder querella; que es evidente señal que no es suyo, sino ajeno, entregado ya al poder y albedrío de otro, que es la regla y el señor de su querer y entender. Esto presupuesto, entiéndese, lo primero, el incomparable mal y daño que la parte desamada padece de la parte de su amado, porque se ve desposeída de sí y entregada sin remedio al poder ajeno, y que el señor se levanta con la entrega villanamente, sin hacelle correspondencia ó restitucion alguna. Si es pena á un rico verse despojado de su honra ó hacienda, ya veis cuál y cuánto mayor será la del pobre que se ve desposeído de lo uno y de lo otro, y de sí mismo, que ve á sí mismo y á todos sus bienes en el poder ajeno; y si pena mas y es causa de mayor sentimiento la pena que viene sin culpa, ¿qué dolor sentirá el que de buen servicio saca mal galardón, y el que sembrando amor, coge frutos de desden y de aborrecimiento? Por el contrario, por los mismos pasos se entiende lo segundo, lo mucho que peca, y la gran fealdad y vileza que comete el que, siendo amado, no ama, ó no desengaña abiertamente al triste amante; porque si es culpa hurtar la capa y es pecado tiznar la fama ajena, ¿qué será levantarse alevosamente con la posesion de todo, juntamente de la fama, de la hacienda, de la vida, del alma, y finalmente, de toda una persona que nació libre y se vendió á él, para comprar con este precio parte de su voluntad? Este se recoge el precio y se abraza con él y con la mercadería. Y si la verdadera caridad es noble aun con los que no conoce, y se extiende su virtud y beneficios aun hasta los malquerientes y enemigos, ¿qué palabras encarecerán la bajeza del que paga el amor con desamor, y roba la libertad del que le sirve, y se va riendo con ella, y triunfa de su mayor amigo, y da en truco y cambio de firmeza y sencillez y claridad de buen amor un cuento ó millon de engaños y de embustes, un favor fingido y recatado, un cariciar muy disimulado, un mofar y un reir muy verdadero en volviendo las espaldas, una muestra de favor muy recatado, un enfadarse luego de lo hecho, un agraviarse de nonada, levantar en el aire sin fundamento mil vanidades de quejas, con otros melindres y niñerías que se callan?

Así que, quien esto hace, por mas principal persona y por mas generosa que sea, aunque nadie se lo diga, dígaselo ella á sí, y condénese con testimonio de su conciencia, por muy baja y soez y de muy viles y torpes mañas. Porque se ha de entender que entre dos personas (aunque las demás calidades, ó que se adquieren por ejercicio, ó que vienen por caso de fortuna, ó que se nace con ellas) puede haber y hay grandes y notables diferencias, pero unidas en caso de amor y voluntad, porque esta es señora y libre; así como en todo es libre y señora, así todos en ella son iguales, sin conocer ventaja del uno al otro, por diferentes estados y condiciones que sean. Así que, mi voluntad es de tanto valor como la de mi vecino, cualquiera que sea, y no se puede pagar la deuda de mi amor sino con otro amor tan bueno y tan grande. Lo cual es tanta verdad, que

aun una sola cosa que hay, que por él incomparable exceso que nos hace, podía salir muy bien de esta cuenta, que es Dios, principio de todo bien y bien sin colmo; ese iguala con nosotros en este artículo, y da por bien vendido el cuanto de su voluntad por el tanto de la nuestra; y así dice: «Yo amo á los que me aman;» y en otra parte: «El que me ama á mí será amado de mi Padre.» Y queda dicho lo mucho que ofende el que no le ama, y el miserable mal que padece el que no es amado, y la infidelidad y gran copia de males que se encierran en este estado, que dijimos ser segundo.

Resta que digamos del tercero, donde se entiende todo esto, porque ciertamente es la mas alegre y dichosa vida que en esta vida se vive, y es muy semejante y muy cercano retrato del cielo, donde viven las llamas del divino amor, en que amando y siendo amados los bienaventurados, se abrasan, y es una melodía suavísima, que vence toda música artificiosa, la consonancia de dos voluntades que amorosamente se responden, porque los que aman como los primeros que dijimos, no son hombres; y los que aman como los segundos, son ó desdichados ó malos hombres; solo para estos terceros queda la buena dicha y la buena andanza, que, como dicen los sábios, consiste en tener el hombre todo el bien que quiere.

El que ama y es amado, ni desea mas de lo que ama ni le falta nada de lo que desea. De este bienaventurado amor gozaba la esposa, y por esto dijo: «Yo soy á mi amado, y el su deseo á mí.» Y dicho esto, convídale á que se salga con ella á vivir al campo, huyendo del estorbo é inquietudes de las ciudades, y porque sin embarazo de nadie se gocen ambos, y gocen de los bienes y deleites de la vida del campo, que son varios y muchos, y ella refiere algunos; y así dice:

«Vén, amado mio, vámonos al campo; pasemos las noches en las granjas, levántemonos de mañana á ver si florece la vid;» que todas son cosas de grande gusto y recreacion. Pero lo que ella mas pretende, es poderse gozar á solas y sin estorbos de gentes, que para los que se aman de veras es tormento á par de muerte; y por eso dice: «Allí te daré mis amores, las mandrágoras si dan olor, que todos los frutos, así viejos como nuevos, guardé en mis puertas para tí;» como si dijese: Demás de estos gustos y pasatiempos que tendremos en gozar del campo y andar viendo cómo florecen los árboles, no nos faltarán buenos mantenimientos y dulces y sabrosas frutas, así de las frescas y recién cogidas, como de las de guarda, que son riquezas de que suele abundar la vida rústica; lo cual todo dice, «yo te lo guardé y aderecé.»

CAPÍTULO VIII.

ESPOSA.

1 ¿Quién te me dará como hermano que mamases los pechos de mi madre? Hallarte yo afuera, besariate, y ya nadie me despreciaría.

2 Cogerte yo en la casa de mi madre y en la cámara de la que me parió, y enseñaríasme; dariate á beber vino adobado y del mosto de las granadas mías.

3 Su izquierda debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

ESPOSO.

4 Yo os conjuro, hijas de Jerusalem, ¿por qué desper-

taréis, por qué desasosegaréis la amada hasta que quiera?

CORO DE PASTORES.

5 ¿Quién es esta que sube del desierto, llena de deleites, recostada sobre su amado? Debajo del manzano te desperté, allí te parió tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.

ESPOSO.

6 Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo; porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos, las sus brasas (son) brasas de fuego encendido vehementísimas.

7 Muchas aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos lo pueden anegar. Si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, como si no los preciase.

ESPOSA.

8 Nuestra hermana pequeña, y no tiene tetas; ¿qué harémos de nuestra hermana cuando se hablare de ella?

9 Si hay pared, edifiquemos sobre ella un palacio de plata; si hay puerta, fortalecerémosla con tablas de cedro.

10 Yo soy muro, y mis pechos como torres; entonces fui en sus ojos como aquella que balla paz.

11 Tuvo una viña Salomon en Bahalmon; entregó la viña á los guardas, y que cada uno traiga por el fruto de ella mil monedas de plata.

12 La viña mía que (es) mía delante de mí, mil para tí, Salomon, y ducientas para los que guardan su fruto.

ESPOSO.

13 Oh tú que estás en el huerto, los compañeros escuchan; haz que yo oiga tu voz.

ESPOSA.

14 Huye, amado mio, y aseméjate á la cabra montés y á los ciervitos sobre los montes de los olores.

COMENTO.

«¿Quién te me dará como hermano?» Una de las cosas que hay en el verdadero amor es el crecimiento suyo, que mientras mas de él se goza, mas se precia y mas se desea. Al contrario es el amor falso y vil, que es fastidioso y pone una aborrecible hartura. Hemos visto bien los procesos de este gentil amor que aquí se trata; como al principio la esposa, careciendo de su esposo, deseaba siquiera algunos besos de su boca, despues de haber alcanzado la presencia y regalos suyos, deseó tenerle en el campo consigo; y ya que le tiene en el campo, gozando de él á sus solas, sin que nadie le estorbase, desea agora tener mas licencia de nunca se apartar de él, sino en el campo y en el pueblo andar siempre á su lado, y gozar de sus besos en todo lugar y tiempo; y para mostrar este deseo la esposa, y la manera con que quería cumplillo, comienza como en forma de pregunta, diciendo:

«¿Quién me dará?» La cual en lengua hebrea es oracion que decimos deseo; y vale tanto como ojalá, pluguiese á Dios, y así es aquella que dice Jeremías, capítulo 7: «¿Quién dará agua á mi cabeza?» David dice: «¿Quién me dará alas como paloma y volaré?» Pues la esposa estando á sus solas y sin conversacion de gentes, ella goza de los besos de su esposo, y se alegra y se huelga mucho con él; mas cuando está delante de gentes tiene vergüenza, como la suelen tener las mujeres, y dice que es gran pérdida aquella, porque siempre

querria estar colgada de sus hombros del esposo, cogiendo sus dulces besos sin descansar un punto, y pluguiese á Dios ella pudiese tenello, y tratar con él como con un niño pequeño hermano suyo, hijo de su madre, que aun mamase; que, como ella lo hallase en la calle, arremetería á él y le daría mil besos delante de todos los que allí estuviesen, porque esto es muy usado de las mujeres con los niños, y no son notadas por esto, ni tienen empacho de hacer estos regalos y mostrarles este amor públicamente. Esta felicidad desea la esposa tener en los besos de su esposo, y gozar de él, y dudando aun de la semejanza que ha puesto del niño, prosigue en su deseo, diciendo:

«En teniéndote yo en mi casa,» con mil besos y abrazos te daría á beber vino dulce, vino adobado con mil espíritus y otras aguas, que los antiguos usaban, porque fuese mas suave y menos dañoso, y esto era mas género de regalo que ordinaria bebida.

«Y dariate tambien arrope de granadas,» porque en to las estas cosas dulces se huelgan los niños, y sus madres y hermanas tienen gran cuidado de les regalar así. Y lo que dice, enseñaríasme, es como si dijese: Estando todavía en figura de niño y comenzando á hablar, diríasme mil cosas de las que hubieses oido y visto por la calle, y mil cantarcitos, porque los niños todo cuanto ven y oyen lo parlan, bien ó mal, como aciertan, y de esto reciben gran regocijo los que los crían y aman.

Conforme al Espiritu, se pone aquí el grado mas alto y de mas subido amor que hay entre Dios y entre los justos, que es llegar á amallo y querelle bien. Así que, no se recelan ya ni se recatan de ninguna cosa de las del mundo, llenos de una santa libertad, que no se sujeta á las leyes de los juicios y devaneos mundanos, antes rompe con todos, y hace ley sobre todos por sí, y sale con esto, porque al fin la verdad y la razon es la que vence. Pues los que llegan á este punto y á esta perfeccion de gracia (que son pocos y raros), que andan ya con espíritu de verdad y santidad, y que viven vida espiritual y fiel, como viven los justos, no tienen respeto á cosa alguna, sino en público y en secreto gozan de la suavidad de sus amores. Los tales entonces son hermanos de Cristo y hijos perfectos de Dios, como lo manifiesta el Apóstol (á los romanos, capítulo 8): «Los que son gobernados por espíritu de Dios, estos son hijos de Dios;» y el mismo dice «que Cristo tiene muchos hermanos, y él es el primogénito entre ellos;» pero es de advertir que aunque los sobredichos, por el gran extremo de su amor y gracia, tienen ya cobrada licencia para amar y servir á Dios á ojos vistos del mundo, sin temor de sus juicios, estos mismos sienten un particular gusto y una libertad desembarazada cuando se ven á solas con Dios sin compañeros ni testigos; por eso dice: «Que te halle fuera;» lo cual en todo amor es natural. Los que bien se aman, aman la soledad y aborrecen cualquiera estorbo de la compañía y conversacion, porque el que ama y tiene presente lo que ama, tiene llena su voluntad con la posesion de todo lo que desea; y así, no le queda voluntad ni deseo ni lugar para querer ni pensar otra cosa; y de ahí nace que todo lo que le divierte algo de aquel su amor y gozo, poniéndose delante, le es enojo y aborrecible como la muerte. Así